



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

Carmen Arriagada, una lectora romántica

Autor:

Zanetti, Susana

Revista

Mora

2001, N° 7, pp. 83-97



Artículo

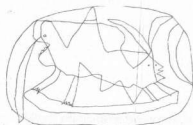


FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

Carmen Arriagada, una lectora romántica

Susana Zanetti*



*Viví mientras soñé ... el despertar
ha sido un infierno.*
Carmen Arriagada

Sabemos que la lectura no es una invariante histórica: se incluye en una red de prácticas culturales y sociales que le dan sentido; depende de realidades sociales de clase, raza y género, de su capital cultural y de las posibilidades de acceso a la cultura, cuestiones todas atravesadas por conflictos, privilegios y carencias en la distribución de bienes, entre ellos los culturales; depende también de las representaciones del saber o del ocio y de concepciones de la subjetividad, que contextualizan apropiaciones singulares. Por supuesto, todos estos contextos implican a la crítica misma y, en este caso, me involucran consideraciones como las señaladas por Adrienne Rich en *Mentiras, secretos, silencios*: "Una crítica radical de la literatura, feminista en su impulso, tomaría la obra, ante todo, como un indicio de cómo vivimos y hemos vivido, como se nos ha inducido a imaginarnos a nosotras mismas, como el lenguaje nos ha atrapado, al mismo tiempo que nos ha liberado, cómo el acto mismo de nombrar ha sido hasta ahora una

prerrogativa masculina, y cómo podemos comenzar a ver y a nombrar -y, por lo tanto, a vivir- de nuevo".¹

Sabemos también que al interrogamos sobre la historia de la lectura es riesgoso tanto el inventario como la colección de estudios de casos. Son difíciles, por otra parte, las operaciones de restauración de públicos pues siempre están mediatizadas por ideas actuales sobre las incidencias estéticas, ideológicas, morales, etc., de las instituciones; por cristalizaciones en el imaginario social, tanto como por las concepciones de escritores, editores, críticos y lectores acerca del acto de leer, soportes de la existencia de toda literatura. Pero creo que el ejemplo que voy a considerar puede constituir un aporte sobre el tema para América Latina, sobre todo porque no proviene del archivo al que comúnmente se recurre, es decir, el de las figuras, en su mayoría masculinas, destacadas por su actividad en el ámbito cultural.

Lecturas en un diálogo amoroso

Si el Señor Rugendas quiere cumplir con la promesa hecha a Gutike, de favorecer su humilde casa con el

favor de una visita, no hará sino proporcionar un gran placer y realizar los deseos de Su affina. Serridora y paisana ...

Quemé tus cartas, al separarme de ellas me sentí arrancar el corazón; pálida y oprimida las veía consumirse por las llamas, ellas eran mi bien y mi consuelo: todo, todo me aflige. Si en este momento te tuviera aquí te sofocaría con mis lágrimas y caricias. Adiós, mi vida, mi amor, mi único bien, toda mi esperanza. Adiós; un beso, un beso de amor y de dolor.

Yo me ocupo ahora de leer a "Faust", de Goethe, en una linda edición traducida al francés que me manda uno de los Blest, pero confieso que es una obra que no comprendo la mente de su autor al escribirla. También tengo Thasverus; que vino con "Faust"; es una cosa parecida en algo a la Divina Epopeya, un libro extraño pero escrito por el genio. ... En la duda de si esta carta la recibe Vd. o no, me despido de Vd. triste, muy triste; pero siempre su hermana, su amiga afectísima, que quiere al hermano como siempre. Adiós, pues, su amiga, "Carmen".²

* Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (IEGE) - UBA.

¹ Barcelona, Icaña, 1983, p. 34.

² Arriagada, Carmen, *Cartas de una mujer apasionada*. Estudio preliminar y notas de Oscar Pinochet de la Barra, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1990, págs. 19, 222-223 y 556-557, respectivamente. En adelante aclaro en el texto, año y página de las citas de este epistolario.

El primer texto citado, de 1935, es el pórtico del encuentro y el flechazo.

Es una breve eskuela de invitación de la chilena Carmen Arriagada (1807-1900), de familia bastante empobrecida aunque vinculada con los sectores sociales y culturales de prestigio, cuyo padre se había destacado en las guerras de independencia. Está casada, malcasada, hace ya diez años con el teniente coronel alemán Eduardo Gutike y vive presa del aburrimiento en Talca (Chile), pequeña ciudad provinciana de unas 15.000 almas, con sus amenazas de banalidad y chatura. El amor es entonces renacimiento. "Mi vida pasaba insípida, tu amor la embelleció", confiesa, entre otras muchas veces (1837, 62), al convidado en la misiva, el pintor y naturalista Juan Mauricio Rugendas (1802-1858), cuya larga permanencia en América (México, Chile, Argentina, Bolivia, Perú, Brasil) dejó uno de los más valiosos testimonios artísticos de la primera mitad del siglo XIX. También nos dejó dos retratos de Carmen.

Rugendas será el eterno, insaciable viajero que "...engolfado en sus pinturas, en sus viajes y en sus descubrimientos, no siente sin duda

con tanta fuerza el pesar de estar separado de sus amigos" (1838, 129). En tanto "...sola como en el desierto" (1840, 256) Carmen deja invadir las cartas por su rivalidad con esa aventura que lo subyuga, constreñida para ella sólo a la vivida imaginativamente en los libros.

Enseguida el lazo se anuda con el intercambio de lecturas, en las que Rugendas oficiará de mentor: "Creo, como Vd. me dice, que podré elegir los libros que me conengan, y segura de su buena elección le prometo leerlos con toda la aplicación de que soy capaz; sirva de dirigir mi lectura, lo tomaré como una prueba de amistad".³ Las cartas, sobre todo quizás las amorosas, comprometen configuraciones para sí y para el otro por parte del sujeto que las escribe, al mismo tiempo que conforman una imagen del receptor como solicitando calladamente que se acomode a ellas y colme las expectativas, que no demore las respuestas... De allí que con cautela en parte incluyo en los ardidés de la seducción este pedido de tutela, pues Carmen se guía, en buena medida, según sus intereses y elecciones, y suele divertirse con los descubrimientos de comprensión mutua al admirar a los mismos autores y aun disfrutar las

dicidencias "Entusiasta, exagerado! Por qué aborrece Vd. a Walter Scott? Es cierto que no puede compararse a Byron, y que a mí me cansan también sus eternas novelas; todas con su indigerible primer tomo ..."⁴

La segunda cita dobla el carácter diferido propio del género epistolar, regulado por los blancos, las lagunas, los vacíos... Siempre sujeto a la ausencia del otro en un diálogo discontinuo y azaroso, donde el destinatario se adivina o se fabula. Aquí recuperamos una sola voz. El temor a un marido que entienda poco y sospecha demasiado llevó a Carmen a quemar las cartas del pintor. Solo existe una de éste a Carmen, de 27 de noviembre de 1844, casi del final del vínculo, que poco nos dice ya de su pasión, si bien podemos vislumbrar algunos contenidos de sus cartas, siempre por cierto mediadas por las elecciones de la destinataria, pues Carmen cita a veces frases de Rugendas. Éste, en cambio, conservó hasta su muerte las de ella y su sobrino las heredó junto con otros materiales.⁵

El estricto final de la historia llega con la última cita: se cierra así ese largo túnel diseñado en sus figuras por Barthes.⁶ Se eclipsan para nosotros las ansias, los gozos,

³ Carta escrita en Linares, luego de la partida de Rugendas, quien visita a los Gutike durante varios días a mediados de enero (1836, 25).

⁴ Todo el comentario no tiene desperdicio, discute los juicios de Rugendas para pasar enseguida al pedido de que no le envíe un retrato de Dumas "si no es buen mozo" y describe cómo lo imagina (1838, 172).

⁵ De los originales -en el Instituto Ibero-Americano de Berlín- hay una copia fotostática en el Fondo Medina de la Biblioteca Nacional de Chile, obtenida en 1984.

⁶ Véase Barthes, Roland, *Fragmento de un discurso amoroso*, 14 ed., México, Siglo XXI, 1998.

las angustias y el llanto que culminan con la lectura anhelada del *Fausto* de Goethe. El volumen tanto tiempo demorado parece entonces traslado simbólico de ese otro deseo, el erótico, diferido también, como el diálogo en la carta, así como el presentimiento del silencio definitivo de Rügen. ⁶

Estos tres momentos clave en la historia sentimental de una lectora romántica esbozan las vicisitudes de todo el epistolario, muestra elocuyente de la constitución de lectorados hispanoamericanos en el umbral de conformación de las literaturas nacionales. Estamos en un género, el epistolar que, catalogado tradicionalmente como femenino por excelencia, ha corrido los riesgos de sujeción a los estereotipos, tanto cuando se lo naturaliza en la espontaneidad y expresividad de las mujeres como cuando lo atrapan los clisés y las frases hechas de una institucionalización muy estandarizada. Una sujeción que si se proyecta a los estatutos devaluados de un género menor, privado, sobre todo en manos femeninas, permitirá a éstas sin embargo mostrarse prontas a convertirlo en un espacio estratégico, político, valiéndose de una heterogeneidad apta al desliz hacia otros tipos de discurso y hacia lo público.

El tema se engarza entrañablemente con el contrato amoroso epistolar, escandido por los comentarios de libros: embarullados en la historia amorosa, mensajeros inocentes y dúctiles, sutiles, los libros



van y vienen, remodelando valores y conductas de una *lectora ávida*. Borroneados por alguna lágrima se impregnan del calor de los cuerpos, *ardent*. Como préstamo o como regalo son siempre esa tercera piel, cómplice aquí casi única de la segunda, la piel del lenguaje encarnada en la carta. Acariciar un lomo, una página, con la estela del cuerpo del ausente: los libros como emisarios y como testimonio de una unión que conforta con la promesa o el recuerdo del contacto físico. Su materialidad se hace cargo, vicariamente, del contacto reclamado al cuerpo ausente. La imaginaria romántica provee las figuras, aunque seguramente romances como éste dieron su ofrenda a las tramas novelescas.

Una carta era, pues, para la mujer de la colonia, simplemente un pecado.
Benjamín Vicuña Mackena,
Historia de Santiago.

Son cartas de amor, más de doscientas, en realidad 235, escritas a lo largo de 16 años, desde el 23 de noviembre de 1835 al 9 de junio de 1851. Cartas privadas, íntimas, muchas de ellas secretas, terminan ahora por hacerse públicas. "Son más de mil páginas de tamaño pequeño que aprovecha al máximo y tanto así que algunas veces las termina en el sobre, por el lado de atrás, con encargos y saludos". La letra impresa diluye la cursiva cuidada, pequeña, el papel "sin enmendaduras ni tachas", ⁷ alterando la recepción al derivarla al volumen, a la esfera pública y a un contexto de bienes culturales de casi un siglo y medio después: un caso más, especial por cierto, de las distorsiones entre producción, lectura primera y lectura ampliada en América Latina. Transformada en libro y, en otro sentido, en escritura, esta entrega desprevénida convierte a la lectora en autora, yo diría en uno de los más notables escritores del despegue de nuestra literatura republicana.

Si bien la carta es ahora un medio de comunicación favorecido por las mejoras en transportes y correo, la asveración de Vicuña Mackena con que inicié este apartado pretende recordar que Arriagada vivió su niñez al finalizar la Colonia, cuyos criterios, en cuanto a las normas y a la educación que debían seguir las mujeres, no cambiaron abruptamente al iniciarse la República. Los principios que sustentaban la instrucción tanto como la situación en que ésta se hallaba

⁷ Información de Oscar Pinochet de la Barra en el prólogo, p. 9.

constituyeron un objetivo importante dentro de las transformaciones que esperaba lograr la nueva nación, donde prevalecía el analfabetismo y el atraso en conocimientos considerados imprescindibles para su eficaz desenvolvimiento.

La introducción reciente de la imprenta (la primera llega en 1811 a Valparaíso y en ella se imprime el primer periódico al año siguiente) nos habla del inicio de un nuevo período de penetración de lo impreso, apoyado sin dudas por la *necesidad de noticias* de los avatares de las guerras de independencia y de las nuevas leyes y reglamentos dictados por los gobiernos republicanos, mediante una circulación que descansaba en buena medida en la lectura en alta voz, sea en familia, sea en los distintos lugares de encuentro que se habían multiplicado en la esfera pública. La provisión de libros vive otros cambios importantes en cuanto incorporamos el dato de que, luego de la independencia, el comercio de libros entre Chile y España prácticamente se interrumpe, pasando Francia e Inglaterra a convertirse en las proveedoras.

Carmen alude algunas pocas veces a lecturas previas a su relación con Rugendas, todas parecen surgir del intercambio, de modo que estamos ante una práctica circunscrita al momento de constitución de un lectorado moderno en Chile, limitado aquí a una *forma-*

ción cultural en un estrecho sector social en el cual tiene importancia su inscripción en la ideología liberal, que no atiende prolijamente a las recomendaciones provenientes de la iglesia católica, cuya incidencia en la escolaridad y en la regulación de la vida familiar era dominante.

Carmen Arriagada menciona algún comerciante ligado al libro -Barroillet, por ejemplo. Si en 1831 el viajero Ruschenberger se lamenta acerca de la pobreza del rubro en Santiago- "Casi todas las tiendas tienen unos cuantos libros sobre sus estantes, que por lo general son traducciones del francés o de obras eclesiásticas. No hay una sola librería en toda la ciudad; la colección más grande de libros en venta se encuentra en medio de la cuchillería y ferretería de un almacén. No pude conseguir el Don Quijote en Santiago, a pesar de ser popular,"⁸ pocos años después, en 1837, el español Santos Tomero inaugura la primera librería en Valparaíso⁹ (ampliada con una red en distintas ciudades chilenas, por supuesto, Santiago en primer lugar) y el trabajo de edición. Estamos más o menos en los comienzos de la relación entre Carmen y Mauricio, y del comentario de lecturas entre ambos. La presencia del libro se vuelve entonces más habitual, va aumentando paulatinamente la posesión individual en algunos sectores ilustrados y con poder adquisitivo,

así como el tamaño de las bibliotecas particulares, cuya descripción ingresa en novelas y autobiografías.

Son los años del magisterio de Andrés Bello y de su actividad como promotor y crítico literario en "El Araucano", donde incluye textos y comentarios sobre autores europeos, españoles e hispanoamericanos -Chateaubriand, Lamartine, Byron, Michelet, Dickens, Victor Hugo, Saint-Beuve-; de las polémicas sobre el romanticismo, entre 1842 y 1843, y el avance de los jóvenes escritores chilenos -Sanfuentes, Jotabeche, Lastarria...- y de los argentinos exiliados -Sarmiento, Alberdi, Juan María Gutiérrez...- Además, a la introducción de los folletines en la prensa se une poco después un aumento en la edición de libros. Al promediar el siglo estamos entonces ante una ampliación del público lector, que involucra a otros sectores sociales. Podríamos designar el fenómeno como *un primer momento de la revolución del lectorado* en las nuevas repúblicas.

Si bien se mueve Carmen en un ámbito provinciano, con visitas muy retaceadas por su marido, a Valparaíso y Santiago, sus amigos participan activamente en el medio capitalino, en el cual las discusiones por la circulación y los usos del libro son un tema que cobra cada vez más importancia a partir de mediados de la década del cuarenta. Lamentablemente la partida

⁸ *Noticias*, editado en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, t. XXXVII, 1921, págs. 452-55.

⁹ Para más información véase de Sergio Martínez Baeza *El libro en Chile*, Santiago, Biblioteca Nacional, 1982. La cita proviene de José Peláez y Tapia, *Historia de El Mercurio*, Santiago de Chile, El Mercurio, 1927, pág. 122.

de Rugendas y su regreso a Europa alejan a Carmen de los relatos, frecuentes antes, de estos asuntos.

Son sus fuentes de información sobre la vida social y cultural chilena especialmente los amigos y los periódicos, "Los Mercurios", como los llama, también su vía de acceso a la incipiente producción nacional, a las poesías de José Joaquín Mora, a las de Mercedes Marín o de Andrés Bello, al drama *Los amores del poeta* de su hijo, Carlos Bello. Atiende a las implicaciones estéticas e ideológicas, haciendo de lo que lee una lectura política, no sólo ligada a la coyuntura, como ocurre con *Sociabilidad chilena* de Francisco Bilbao (1844), que comenta entusiasmada por sus ideas libertarias más que por su estilo, tema que la ocupa en las dos cartas siguientes, donde se indigna ante el ataque de la "Revista Católica" y la quema de ejemplares. En la prensa descubre fascinada a Sarmiento cuando publica su primer artículo en Chile, en 1841, y lo seguirá leyendo y considerando el mejor escritor en el país. Corroborará más tarde esta opinión al referir a Rugendas el acertado retrato que hace de Domingo de Oro en *Recuerdos de provincia*, amigo de ambos. Su interés por la prensa se evidencia además en el relato vehementemente de la compra de una imprenta en Talca y el proyecto de editar un periódico, "El Alfa", -cuyo primer número es de fines de octubre de 1844- en el cual espera colaborar con traducciones. Evidencia también su apego a la cultura letrada y su reconocimiento del pobre desarrollo de la industria editorial.

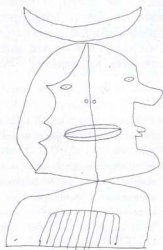
Éste es el contexto en el que Carmen se define como una lectora

ilustrada y moderna, representante de *un momento de enciclopedia de la cultura*, atenta no sólo a las humanidades sino también a los avances de la ciencia y la tecnología: se saca dos muelas con éter y le promete a Rugendas enviarle su retrato en daguerrotipo, amén de discutir las concepciones de Leibnitz o las de la frenología de Gall.

Nunca menciona la lectura de libros muy vendidos por entonces: los útiles para el hogar y los piadosos. No es devota, va a misa más bien por hábito. Recibió instrucción en Santiago; y si lo fue por las monjas no deja entrever huellas del privilegio de una educación religiosa, salvo por la mención ocasional a Santa Teresa. Su religiosidad aparece muy ligada a perspectivas románticas y a la pulsión de muerte entrañablemente ligada al deseo. Atiende y comenta cuestiones morales sobre lo que lee, pero sus juicios se fundan generalmente en valoraciones literarias.

Le interesa la política, opina con solvencia, siendo en general muy crítica no sólo de la situación chilena, y de los chilenos, siempre con desconfianza ante la ciega devoción por la patria que derivará al escepticismo frente a los enjuagues de los gobiernos de turno. También se ocupa de las coyunturas de distintos países hispano-americanos y de la europea: es, en términos de la época, una pipiola -una liberal- muy crítica, de los presidentes Portales, Prieto, Bulnes, así como del gobierno de Rosas. Se expresa contra las potencias extranjeras en el bloqueo a Buenos Aires, admira a Napoleón y ve con buenos ojos los episodios del 48 -coincidiendo con el impacto que éstos produjeron en los jóvenes de la intelectualidad chilena.

Cuando confiesa su admiración por Alfieri y aclara que su italiano es bien comprensible, nos está hablando de una lectura posible por la apropiación de una lengua ajena. De allí que, como es muy frecuente en los testimonios de la época, su drama -la obtención de libros- se alivie con sus conocimientos de otros idiomas al librarla de la dependencia de las traducciones al español, mucho menos abundantes, de los autores y temas que la atraen, siempre modernos. Ha estudiado muy bien inglés y francés. Aprende italiano sólo para poder leer en ese idioma e intenta, sin éxito, el alemán, ayudada por el regalo de Rugendas de una gramática.



Mil gracias por los libros!

Toute l'éducation des femmes doit être relative aux hommes. Leur plaire, leur être utile ou se faire aimer et honorer d'eux, les élever jeunes, les soigner grands, les conseiller, les consoler, leur rendre la vie agréable et douce: voilà les devoirs des femmes de tout le temps.
Rousseau

"Mientras ella leía de sobre-mesa un libro en voz alta, él hacía dibujos sugeridos por la lectura o caricaturas".¹⁰ Así recuerda a Carmen y Muricio una empleada de los Gutike. Oblicuamente un cuadro hogareño. Pero muy distante del entorno aconsejado, que convalida el óleo de Cosme San Martín, de 1879, conservado en el Museo Nacional de Bellas Artes de Santiago de Chile, con la fábula proverbial sobre la paz y el calor del hogar: el comedor de la casa, la reunión familiar, con abuelos, la muchacha casadera embargada por la lectura en voz alta a cargo de otra, igualmente joven, seguramente la ma-

dre de la niña que, en el suelo, concentra todo el interés en su juguete.

Carmen se autorrepresenta como una mujer muy alejada de este modelo y, por ende, de lo esperado en toda esposa, que hace del hogar su mundo dilecto y de la maternidad su destino.¹¹ La casa y la vida conyugal se le aparecen realmente como un yugo. El aburrimiento, el "spleen", escribe, son un sino que a veces desea romper de cualquier forma, hasta rebelándose *enfrentando el destino* (1844, 448).

No tuvo hijos y sólo una vez se duele por eso: nunca busca parecer maternal, se lamenta en cambio de la frustración de vivir alejada de los bienes culturales y sociales de la ciudad, Valparaíso o Santiago: ansía ver buen teatro, ir a conciertos, conocer la Ópera... Tampoco registra lecturas compartidas con su marido -al excluirlo de todo comentario sobre libros parecería depositar en éstos la materialidad misma de sus afectos. El libro y la lectura le interesan por sus valores espirituales, de allí que pocas ve-

ces se preocupe por el refinamiento de las ediciones, ni establezca separaciones entre niveles altos y populares. Aunque desestima la instrucción por sí misma y es reacia a aceptar criterios de autoridad (quizá por eso no se somete a lecturas programadas), busca informarse y en los libros encuentra puertas idóneas de ingreso a la comprensión del mundo. Solicita libros de historia, sobre todo contemporánea -la *Historia moderna* de Gibbon, por ejemplo-, y lee compendios de otras disciplinas, entre ellos, de filosofía. Las lecturas son el impulso para sacar a la luz las complejidades de su ser íntimo, estimulando la introspección, expresada muy frecuentemente mediante la espontaneidad y el desborde, marcas que fluyen personalizando la escritura de una individualidad inadaptada, sujeta al monocorde trajinar cotidiano.

Menciona y comenta brevemente muchísimos autores, entre ellos, Vigny, Klopstock, Pope, O'sian, Ana Radcliff, Tomás Moro, Delavigne, Guizot, Chateaubriand,

¹⁰ Ob. cit., pág. 207. Según el testimonio de Carmen Navarro, empleada de Carmen Arriagada.

¹¹ Indudablemente estas cartas privadas están muy alejadas de las estrategias, de distinta índole y en un amplio espectro ideológico y estético, que elaboran intelectuales y escritores/as por estos años, respecto de la mujer lectora y escritora. Véase al respecto el artículo de Graciela Batticuore "Lectoras y letradas: en el espejo de la ficción", incluido en Domínguez, Nora y Perilli, Carmen, (comps.), *Fábulas del género. Sexo y escritura en América Latina*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 1998, págs. 103-115. En pág. 110 señala una escenificación modelizante de la lectura femenina totalmente ajena a Carmen Arriagada: "La trillada escena de la lectora acunando al niño fue metáfora común entre escritoras e intelectuales que mantuvieron diversas posiciones respecto del debate sobre la instrucción femenina, pero que convergían al explicar en el hijo el *para qué* de la lectura de la madre."

Musset, Paul de Kock, Tocqueville, etc., etc. Se ocupa in extenso del análisis de otros, especialmente, por supuesto, de Victor Hugo y Balzac, así como de Hoffmann, Walter Scott o de Goethe y Schiller, movida posiblemente respecto de estos últimos por preferencias de Rugendas.

Responde poco al estereotipo de la lectora femenina, alimentado en relatos y artículos de la época, atraída sólo por novelas para nutrir su ocio. Si es cierto que sus autores preferidos son novelistas -Victor Hugo, Dumas y Balzac-, lee de todo, de todo lo que cae en sus manos, aunque la oferta de novelas a veces y al mismo tiempo la sofocan y conmuevan: "Quiere Vd. que le mande las ciento y una novelas? Me será muy fácil con los comerciantes que empiezan a ir en el mes entrante. Pocas he leído de ellas y entre esas pocas hay algunas bien inspidas; pero allá está Dumas con su pluma mojada en una tinta más negra casi la de V. Hugo, que sabe hacer interesante hasta el crimen mismo; que hace que se disputen el corazón del lector mil sensaciones distintas y fuertes como las que debieron conmoverlo cuando imaginaba su Antonino ..." (1838, 140). Tampoco es, por cierto, una lectora afrancesada (en esta cuestión siempre pesan las posibilidades de acceso), pero es evidente

que se desentiende de la literatura española, salvo alguna mención previsible, como la de Cervantes, y la relectura deceptiva del Calderón de su niñez, considerada con cierto detenimiento.

Éstas son sus habituales confesiones: lee varios libros a la vez, según su humor, su salud o su capacidad de concentración; siempre expresa sus intenciones de emprender lecturas cuidadosas, que aseguren un buen aprendizaje o procuren la memorización -especialmente de poemas. Quizá por su adhesión al romanticismo o por influencia de Rugendas, los clásicos parecerían no atraerla, salvo Shakespeare. No los solicita, no se queja de su falta. Sólo consigna el interés que despierta en ella Plutarco, cuya lectura ocupa un largo período porque, como acostumbra, alterna los libros que le exigen más concentración con otros más llevaderos.

*Welchem Leser ich wünsche? Den unbefangenen, der mich, sich und di Welt vergisst, und in dem Buche nur lebt.*¹²
Goethe

Entregada, como *Leserwut* Carmen devora cartas como devora libros ("Los libros han venido a dar la última mano a mi curación; ya los tengo concluidos, los he devo-

rado..." , 1840, 255). Lee y relee ambos: son sus "tesoros". Libros y cartas se vuelven fetiche, "talismán" llama a estas últimas (1839, 208).

Menciona con frecuencia sus lecturas -la evidencian además las citas-, que dan pie muchas veces al juego amoroso, como ocurre con las *Últimas cartas de Jacopo Ortis* de Foscolo,¹³ pero siempre prevalece el imperativo de la novedad. No sólo el espaciamento de la comunicación con Rugendas incide en el alejamiento de la lectura, también la falta de libros nuevos -"leo si tengo algo nuevo", confiesa en 1846 (487) cuando acaba de recibir la ansiada obra de Goethe en traducción francesa.

Podríamos decir que la lectura y el envío de libros sostuvieron y llenaron en buena medida las imposiciones de silencio, haciéndose cargo de corporizar lo que debía permanecer oculto. La única carta conservada de Rugendas, escrita desde Puno en Perú ya en camino de regreso y con planes de hacerlo culminar en Talca, y en el reencuentro ("No dudará Ud. que invocaré mis estrellas para que protejan mi vuelta al puerto, a mi destino, a la residencia de la más tierna amistad"), busca calmar el reclamo por la ausencia repitiendo su modo de paliarla con el envío de libros "para su distracción".¹⁴ Las situaciones de

¹² *¿Qué lector deseo? Al sin prejuicios, que a mí, a sí mismo y al mundo olvida, y sólo en el libro vive.* (La traducción es mía).

¹³ *Leo y releo las cartas de Jacopo, creo tenerle a mi lado y hallo tanta semejanza entre ti y aquel fogoso italiano que lo quiero de veras ...* (1837, 67). Vuelve al tema unos meses más tarde: *He leído hoy a Jacopo. Siempre esta lectura me encanta ...* (1837, 91).

¹⁴ Tomo las citas del libro de Tomás Lago citado, pág. 144.

lectura narradas por Carmen insisten en una intensa privacidad. Son el espacio de libertad, de estar consigo misma -de ser ella, de lo que puede ser ella.

Reproches y culpas seguramente connotan los relatos de Carmen sobre su lectura a solas, a veces durante todo el día, tirada en la cama, en un abandono que intenta transferir al amoroso, que a veces hace trastabillar los sobreentendidos epistolares. Esa entrega narrada con frecuencia es testimonio por cierto de situaciones de lectura pero, al mismo tiempo, no deja de indicar la soledad ante el alejamiento y el deseo de abandonarse al amor negado, colocando en la insistencia el carácter revulsivo, peligroso, para el orden masculino que la carta de amor alcanza muchas veces en la escritura femenina.

Un ejemplo de estos subterfugios y de estas tensiones puede ser la carta de 1839 donde confía a Rugendas que guarda para leer juntos *Peregrinación de una paria* de Flora Tristán. El libro había aparecido en París a comienzos de 1838. No era un libro más, inocente, sino un texto con el que podía identificarse por las desventuras matrimoniales, las reflexiones sobre el sometimiento de la mujer y por una sensibilidad alimentada por similar universo de lecturas propiciadoras de la "unión de las almas" como evidencia este fragmento: "Cuando M. Miot se sentía bien -escribe Flora Tristán- venía a leer a mi camarote los autores de la escuela a que pertenecía: Voltaire, Byron... M. David me leía el Viaje

del joven Anacharsis, Chateaubriand o las fábulas de La Fontaine. M. Chabrié y yo leíamos Lamartine, Victor Hugo, Walter Scott y sobre todo Bernardino de Saint-Pierre".¹⁵ Una lectura política separaba las aguas, sin embargo, dejando aflorar otras frustraciones, seguramente, ante un destino vedado a esas actividades de Flora Tristán (los viajes, sus luchas por los derechos obreros y de las mujeres, la escritura), conocida además por la sociedad chilena a raíz de la escala en Valparaíso cuando iba rumbo a Arequipa.

La intensa lectura solitaria se extiende en ocasiones a las compartidas en sus tertulias. En el comedor de su casa, adornado por los retratos de Rugendas, Walter Scott y Byron, se reúnen por las noches sus amigos, casi todos masculinos, entre ellos algunos escritores e intelectuales importantes -los Gana, los Donoso, el médico Möller, Vicente Pérez Rosales, Domingo de Oro, etc. Si bien quiebran la monotonía estos encuentros, no terminan de satisfacerla, pues las conversaciones suelen moverse alrededor de intereses políticos y económicos estrechos o de lecturas limitadas por el desconocimiento de idiomas de los contertulios.

La comunión de las almas

¿Por qué preferimos a cualquier otro relato el de un amor imposible?

Denis de Rougemont

Carmen y Mauricio se vieron solamente 8 veces y por cortos períodos, una, tres, cuatro semanas a lo sumo: "Tanto tiempo hace que la voz de tu amor no llega a mis oídos" (1839, 205). La queja irá acentuándose hasta parecerle un sueño los años de separación. El vínculo se sustenta sobre todo por las cartas, donde las afinidades electivas hallan soporte en un sólido *pacto de lectura y escritura*. Cartas que registras los momentos, los días en que escribe, cuando su marido duerme o cuando no está. En una primera etapa el intercambio es semanal, y aun más frecuente; cuando Rugendas se radica nuevamente en Europa el ritmo se hace mensual y hasta anual, compaginándose mal por problemas de correo.

Intercambian dos tipos de cartas. Un primer tipo son las cartas amistosas, con tratamiento de usted, firmadas casi siempre por C. de Gutike, que deben sortear el hostigamiento y la censura del marido -Gutike leerá todas sus cartas quizás le advierte ya en la segunda (1836, 26). Ellas son el espacio privilegiado del comentario sobre libros, los cuales le brindan la posibilidad de engarzar la expresión de sus sentimientos e ideas, la interpretan y hablan a menudo por ella ("me cae a la mano un trozo que pinta exactamente mi estado de

¹⁵ *Peregrinaciones de una paria*, La Habana, Casa de las Américas, 1984, pág. 71.

ánimo", 1837, 113), o bien será Victor Hugo, el poeta del siglo, el que ha hecho el estudio del corazón del hombre, el encargado de expresar el amor que no acierta a describir (1839, 224 y 221). Libros y lecturas abren atajos al amor con sobreentendidos y coqueteos que, más tarde, cuando se atempere en el afecto amistoso, sostendrán el lazo de la "fraternal delicia" que convierten a Rugendas a privilegiado en el único corresponsal.

Podríamos pensar que el comienzo del romanticismo hispanoamericano auspicia con la lectura de Echeverría el inicio del romance, dado que al referirse al primer envío de libros dice: "Aunque los consuelos no serán ya de su gusto, creo que me agradará; mi situación no deja de necesitarlos!". Y enseña viene la muletilla: "Mil gracias por los libros!".

Se trata de una recepción bastante rápida, dado que *Los consuelos*, de éxito en Buenos Aires, aparece avanzado 1834 y la carta es de comienzos del 36, sobre todo teniendo en cuenta la dificultad de las comunicaciones. Más tarde su nueva lectura de Echeverría, de *Elvira o la novia del Plata* (1832), confirma el juicio anterior con la relectura y seguramente decepciona a Rugendas, admirador de Echeverría, a quien conoce personalmente en Buenos Aires: "La amistad tiene algo de poético. Hablemos de poesías. Tan insípida e incompleta como me parece 'La novia del Plata', la he vuelto a leer y siento que en ella hay rasgos que descubren ser del autor de los Consuelos..." (1839, 194).

Escandidas al compás de la cotidianeidad pueblerina y doméstica -*Por acá nosotros vivimos como*

fuera del mundo (1837, 102)-, las visitas, las tertulias nocturnas, los pocos amigos y las muchas enfermedades, la esporádica función de teatro son su grano menudo: anécdotas y episodios casi como excusa para que pueda explayarse la confesión insistente de la soledad confluyendo con el *discurso amoroso de la ausencia*. Hacia el final, cuando ya Rugendas se ha reinstalado en Europa y ante la desazón por su reiterado silencio, la continua demanda de visita deriva en conjurar el abandono, alentando la esperanza del reencuentro y el reinicio, atravesado, como en otras cartas, por sueños nefastos y por fantasías de muerte.

La confidencia deriva a transmitir al amado, al amigo de estas "cartas legibles", los modos en que lee y las motivaciones que dirigen sus lecturas. Lee varios libros a la vez, según su humor, su salud o su capacidad de concentración; siempre expresa sus intenciones de emprender lecturas cuidadosas, que aseguren un buen aprendizaje o procuren la memorización -especialmente de poemas. Le gusta la poesía (sigue con atención la obra de la chilena Mercedes Marín, celebra el "Canto a Chateaubriand" de Béranger, admira a Vigny) y suele copiarla respondiendo a un pedido o porque dicen sus sentimientos, como podemos apreciar en este fragmento que reproduzco en extenso pues da idea del modo en que funcionan sus lecturas en las cartas, envueltas en un halo de intimidad y en la frescura de movimientos rápidos, a menudo de encontrados cambios de humor, de un haz de experiencias menudas que se proyectan, se disparan a la reflexión sobre sí y la vida social,

característicos de su estilo: "Cree Vd. que es de la monotonía de la vida, de la falta de sociedad que yo me canso; no, es de la miseria, de la pequeñez, de la nada, en fin, que yo me fastidio, y para eso, mi buen amigo, no hay pararrayo; en lugar de esperanza, paciencia. El cambio del horizonte celeste y político de nebuloso en despejado, la proximidad del verano, qué son todas esas cosas? Yo quiero decir con Lamartine *Qu'emporte le soleil, je n'attends rien des jours*. La fortuna en sus diferentes cambios nos olvidará como a muchos..." (1838, 143).

Constituye sin dudas Carmen Arriagada un ejemplo de lectora romántica que halla en la lectura consuelo y desahogo para exorcizar los ángeles azules, como suele decir. *Las metáforas del ardor* suelen invadir sentimientos y lecturas: "Ojalá le fuera posible prestarme aunque sea por dos días la Notre Dame *je brûle* de deseos de leerla". (1837, 85). La "electriza" un libro de Hugo y se dice "embebida" por otro de Dumas, pero ese apasionamiento no turba sus opiniones sobre las ideas de una obra o sobre su factura literaria, que dan pie para exponer sus concepciones estéticas: "Confesaré, sin embargo, que hay algo en el estilo que chocha. Quisiera uno en tales escenas ver un lenguaje algo más decoroso, pero él hace hablar a sus personajes el estilo del siglo en que vivieron, y así debe ser. Ésta es la ventaja que encuentro en Dumas; él retrata escenas de nuestros tiempos, su lenguaje es el nuestro... En fin, es nuestra sociedad, nuestras costumbres, con toda su civilización y sus vicios, y debe irritar o enternecer más, porque cada uno está viendo quizás el retrato de su corazón..."

Así, para lo dramático, prefiero a Dumas." (1839, 224).

La emoción, postulada como correcta recepción de los textos, y modelizada en buena medida por ellos, impregna las ideas sobre su subjetividad, sobre el mundo y los hombres, tanto como sus percepciones de un paisaje confundido con sus estados de ánimo y su sensibilidad, pero siempre en el marco del contrato epistolar amoroso, que mediatiza la autorrepresentación: "Durante que yo escribo, la Luna da de lleno en el cuarto ... Son las 10, y el silencio de la noche aumenta la melancolía que me inspira siempre una noche apacible de Luna, su suave luz parece que alfoja todos los resortes de mi alma; ni un pensamiento que no sea tierno y melancólico, ni una idea que no tienda a las afecciones del corazón!" (1836, 32). Se compenetra con las historias narradas (identificándose a veces con las femeninas) y con las novedades de su tratamiento, como en este comentario: "Ah! Mil gracias por Notre-Dame: qué hermosa, qué descripciones y qué cabeza de autor; él marcha por un sendero no trillado. Todo lo que otros se apuran en pintar la belleza y la virtud, él se afana en ofrecernos la imagen de lo sublime en lo feo y en lo malo -la ceguera en el querer-. Dios mío! A lo menos una docena de personas y ningún rasgo de virtud en

ellas! No puede negarse que la idea es extravagante desde el principio hasta el fin pero tiene mil bellezas; y sobre todo las descripciones son tan buenas que uno cree hallarse en el lugar y ver los personajes y hechos que se citan. Yo quedé por muchos días viendo delante de mí la *creatura bella di bianco vestita* y la horrible figura de Quasimodo. La cuna de la "Reclusa" me enfermó casi..." 1837, 90).

Cartas pautadas también por el doloroso vaivén de las enfermedades: sufre entre otras dolencias ataques histéricos (así nos llama y en ocasiones los describe), definición médica pronta a encarrilar en la enfermedad y la promesa de cura las represiones de deseos y emociones, cuyo "desorden" había que controlar, domesticar, sujetar, en esos otros rebeldes -diferentes: mujeres, niños, sectores populares, etc.- a las hegemonías socialmente admitidas.

Las lecturas afianzañ *sistemas de valores compartidos* en una suerte de comunión de las almas que en buena medida pone entre paréntesis los desniveles de capital cultural. Por estas cartas sabemos de los conflictos domésticos, de la precariedad económica del matrimonio Gutike, dándonos sobre todo los intereses de Carmen, en política, educación, en cuestiones sociales, etc., así como la frustración insalvable: "Ud. sabe que las mujeres no

tenemos voluntad propia" (1838, 123). La experiencia de la sujeción a un matrimonio desdichado gravita en sus reclamos de libertad y en sus ideas sobre la emancipación de la mujer, como, entre otros ejemplos, cuando comenta el libro de Keratri:¹⁶ "Yo habría también marcado los pasajes en que Vd. lo ha hecho. Hay, sin embargo, algo en que yo no convengo con Keratri, es esa línea que nos fija y nos prohíbe pasar, bajo la pena de apartarnos del objeto con que nos formó la naturaleza y hacemos así chocantes y ridículas. ¡Pobres mujeres! ... es una lástima que limiten tanto a un sexo que posee, como el otro, talento, ingenio y más finura y sensibilidad". (1836, 50). Acepta sin embargo, y parece haber reflexionado sobre ello, la necesidad de tomar recaudos ante las estrategias posibles para avanzar en la demanda de los derechos femeninos en un medio hostil, cuestión que comenta al pasar cuando se ocupa de la condena a Francisco Bilbao por su *Sociabilidad chilena*: "Lo que no me gusta es que haya tomado el nombre de Sand. No hace simpatías todavía por esta clase de reformas, y los hombres se irritan sólo con la idea de que una mujer le dispute su más caro derecho, el de tiranizar a la mujer!! (1844, 451).¹⁷ También cuando Rugendas le cuenta que ha visitado en París a Eugenio Sue deja ver que la

¹⁶ Auguste H. Keratri, *Examen philosophique des considérations sur le sentiment du sublime et du beau, dans les rapports des caractères, des tempéraments, des sexes (des climats) et des religions, d' Emmanuel Kant*, París, Firmin Didot, 1823.

¹⁷ Véanse al respecto las consideraciones de Andy Daitzman en "Prosiguiendo sucesivamente sin interrupción, el orden numérico" Escritor y sociedad en Talca hacia el siglo XX" en *Universum*, n. 14, Universidad de Talca, 1999, pp. 43-63.



valoración de la mujer en este autor pesa en su apasionamiento por *El judío errante*, es el "único escritor que ha reconocido en la mujer la dignidad y prerrogativas con que Dios quiso favorecerla!" (1847, 492). A propósito de este tema, el atraso de la educación en Talca, especialmente la femenina, pide Carmen la renuncia del intendente en su único artículo publicado, firmado por "El Imparcial" en la Correspondencia de *El Mercurio* el 17 de setiembre de 1847.

... *croce, croce e delizia,*
croce e delizia,
delizia al cor...
Verdi, *La Traviata*

El segundo tipo son las cartas amorosas, pautadas por el vaivén de espera y recuerdo, en suma, por la exaltación de la ausencia. Son cartas secretas, escritas a hurtadillas, signadas por la amenaza y el acecho, el sobresalto -pero también por el goce de decir la pasión, por su única finalidad, *escribir en amante* (1837, 113).

La retórica y los mitos del amor romántico incorporados al compás de la lectura prácticamente simultánea a las cartas surgen incontenibles: el sortilegio del amor, que funde el lazo inefable y el anhelo violento en una pasión que me ennoblece, pura y eterna, vivida en el sufrimiento dichoso, y como revelación de mí misma.

El amor como valor supremo, con la densidad simbólica del amor imposible que roza el adulterio. Y entonces lo oculto deviene resguardo celoso de lo íntimo, del flujo ingobernable de expresar toda la gama de las tópicas del amor, reiterándolas, exacerbándolas hasta desbordar sin freno hacia las controladas cartas "legibles": "Siento al querido, al hermano, con la misma vehemencia que otras sentirían al amante" (1844, 449). La confianza amorosa se arrincona en los recodos brindados por el intercambio de lecturas; deriva a la cita de lo recién leído -porque me expresa-, en el que subrayan los mismo párrafos, afianzando la comunión de las almas, como vimos en los ejemplos de páginas anteriores.

Escudada siempre en esa "ardiente amistad", desde el comienzo se duele de la discontinuidad del vínculo sometido a la precariedad y la inseguridad de los correos hasta someterse a escribir "a la ventura" de una correspondencia como lanzada al viento, sin saber si llegará a un destinatario tan a la distancia, que ni comparte ya el mismo cielo. En una carta temprana, ante el posible regreso de Rugendas a Europa, donde se mezcla el placer por los celos del pintor y la angustia por los propios, el tema de las "estrellas" introduce el reproche, el chantaje velado por la constante

ausencia: "Yo también he mirado las Estrellas ... pero recordármelas tú, y que ellas me recuerden a mí M., me ha hecho reconciliarme con ellas, con los hombres y conmigo misma: pero tú no las verás en el otro hemisferio, y quieres reemplazarlas por el Orión; bien, que todas las noches se reúnan allí nuestras miradas y nuestros pensamientos; ellas nos mirarán llorar, amantes, nuestra forzosa separación". (1837, 103).

Aunque *muere del deseo de escribir(te)* sabe que, irremediablemente, la carta no reemplaza a la voz, por más que la bese o la escriba frente a su retrato: siempre el alejamiento y la partida dejará a Carmen "con la miel en los labios". "Necesito de tu pecho para reposar mi atormentada cabeza, que tu mano estreche la mía y que tu boca me deje oír palabras de amor y consuelo ... ven a hacerme vivir, a hacerme feliz con tu presencia". (1838, 206). Las cartas -y los libros- como *Ersatz* del cuerpo ausente: no cesará de reclamar esa falta, a veces con una vehemencia que no se atreven a encarar las novelas hispanoamericanas del XIX.

El amor romántico, que hace del conflicto motivación para que se exacerbe un fuego amoroso que enciende las almas más que los cuerpos, protegidos por el pudor o la distancia, alienta las subjetividades de nuestra historia, que hallan en ideales espirituales e intelectuales modos de atemperar la unión física negada.

Si el deseo frustrado se atrincheró en los celos a través del reproche, sin embargo, como en las más famosas sagas amorosas, estamos ante un lazo que no se consume porque no se consuma, más allá

de los impedimentos reales: Carmen se siente como nueva Isolda ante la espada que inexplicablemente Tristán coloca entre su cuerpo y el de ella ("quisiera tenerte ahora a mi lado, en mis brazos, no a mis pies como tú dices", 1838, 155).

Por lo que entrevemos en las cartas secretas, sólo hubo besos y abrazos, pero la relación fue eminentemente espiritual, en parte por la culpa y la presión social y moral del medio, y en parte por la actitud reticente de Rugendas.

Las citas de lo leído son nuevamente sus aliadas porque toman su voz, sea acudiendo a versos de Moreto ("Qué largas son las horas del deseo!" 1839, 183), sea para exacerbar la ausencia en la identificación con el condenado a muerte de Victor Hugo: "Con qué cariño miraba el desdichado aun la insignificante flor amarilla que se movía con el viento en la ventana donde oía él su sentencial! Sí, penosa idea por cierto! El aire, el sol, las flores, ya no serán para mí! ... Triste necesidad, cruel obligación de separarnos de todo los objetos que nos fueron caros..." (1838, 1234).

En 1841 imagina el amor consumado mientras "vive en medio

de los tormentos de un amor incompleto" (1841, 319), cuando este tipo de cartas se espacian y seguramente ya algo sabe del propósito de Rugendas de casarse con Clara Álvarez Condarco, mucho más joven que él, y su alumna de dibujo en Valparaíso, donde por entonces vive. Y aquí también el uso de la lectura da pie a la indirecta, irónica en este caso, en el que, además, da cuenta Carmen de su apreciación y de la recepción del realismo en Chile: "Me ocupo en leer todo el día y de noche me duermo temprano... Amigo mío, es casi un sarcasmo de enviar novelas de amoríos a quien ha pasado esa corta estación de la vida y que además está justamente desilusionada! En fin, Balzac! Ése nos pone a la vista los hombres y mujeres como son ellos; desencanta, es cierto, pero hay en todo él un fondo de verdad que asusta y que uno confiesa a su pesar". (1843, 391).¹⁸ Del mismo modo, en una de las últimas cartas lo leído le sirve para reiterar, sin tapujos, la herida y el error del engañoso amor de Rugendas por Clara: "ésta es la femme à la mode; ... quiere ser la "Lelia" de G. Sand. Pobre Moro! Qué alucinación padeció!" (1850, 528).

Carmen no renunció, resistió tenazmente a la ruptura, mediante la delicada operación de proponerse bajo otras formas del afecto -amiga y hermana- hasta otorgar a Rugendas no sólo el rol de padre sino también feminizándolo en el de madre, a través del juego añafado. De ahí en más desaparecen las cartas secretas.

sola domo maeret vacua, stratisque relictus incubat. Illum absens absentem auditque videtque.
Virgilio, *Eneida*

La figura de la espera se diseña constantemente a través de ese cómplice reticente que es el correo. La correspondencia hace de él todo un tema, sujeto a las peripecias amorosas. Carmen aguarda su llegada para saber si hay carta, para disponer la complicada entrega en la oficina postal, tanto como concluye la propia urgida por la partida del correo. Ambos enamorados aprovechan los viajes de amigos o conocidos para la entrega en mano, valiéndose de intermediarios, en una red que incluye al marido y aun al cura, convirtiendo a esta historia en un documento más que interesante sobre la comunicación en la primera mitad del siglo XIX.

¹⁸ Aguarda el envío de obras de Balzac desde 1839, cuando está leyendo Hoffmann, préstamo de Rugendas y seguramente admirado por él. Pocos meses después, el 11 de febrero de 1840, estampa segura su juicio: *Pa. mi primera carta guardo expresar mi juicio sobre Balzac que creo infinitamente superior a Viro. compatriota Hofman [sic]. Creo que Vd. quedará contento cuando le diga que Hugo, Dumas y Balzac son mis autores favoritos y que éste me ha causado tanto placer en proporción como los otros.* El 15 de febrero vuelve a Balzac, cuando ha concluido "el Père Goriot" cuenta su disgusto por la degradación de las figuras paterna y femeninas. Ha seguido completando el conocimiento de Balzac hasta 1843 y se ha formado su valoración: *... hay en todo él un fondo de verdad que asusta y que uno confiesa a su pesar.*

Los problemas no acaban allí sino que se entretienen con la cuestión de los nombres. Las cartas secretas hacen del mimo a través de los apodos uno de sus aspectos más atractivos y con implicaciones varias. Carmen llama habitualmente, también en las cartas amistosas, Moro a Rugendas -seguramente a partir de Mauricio y Mauro, Moritz en alemán-, pero se agregan a este apelativo, los apodos Indio y aun Árabe: el fuego de la pasión posible a otros, en otro lugar y otra cultura, en un universo imaginario, ajeno al propio, seguramente modelado por lecturas románticas. Ella será Carmela, Tu China.

Desde otro ángulo, deben también mimar (imitar, hacerse pasar por) sus propios nombres para burlar las interferencias: "... en tu próxima dime el nombre de tu hermano y el apellido de tu madre y te dirigiré mis cartas directamente a B.A. con ese nombre; tú bien puedes dirigir las a Espinosa bajo los nombres prevenidos. Pero no me escribas con tu criado, no, no pongamos a muchos en nuestro secreto". (1837, 74-75). Santos Gutiérrez, Matías Zumarán, Ceferino Lagos -los supuestos destinatarios- van rotando en cuanto pierden eficacia, comprometiéndose a veces en pequeñas aventuras novelescas como sucede con el primero mencionado: "El otro día estaba ocupado el ayudante de policía en buscar una persona Gutiérrez p^a quien

venía una carta porque parecía sospechoso ese nombre y quería saber si existía en Talca tal persona". (1839, 243) Tales triquiñuelas estrechan la complicidad propia de los enamorados: con las connivencias que traman las lecturas se entrelazan estos códigos secretos que, simbólicamente, son otro modo de decir "nosotros", ese nosotros que cobra fuerza cuando se musita, cuando se entrega en la entrepenumbra de lo apenas audible.

Cambiar de nombre, cuidarse de los criados, resolver el modo de retirar las cartas, hasta disimular la letra, son el marco de los resguardos a la vulnerabilidad, siendo, al mismo tiempo, modos de nutrir la con la exaltación del desasosiego de la espera, de la escritura y de la lectura que gana intensidad con la imaginaria de lo prohibido. El intercambio epistolar se nutre con las fábulas intensas de la aventura novelesca romántica. *La constelación del riesgo* otorga densidad al discurso amoroso hasta convertirse en una figura que amarra muchos de los tópicos que le son propios, intensificando los avatares generados por la distancia, los celos, los conflictos surgidos entre la demanda -*escribeme cartas largas, largas*..., la culpa y las imposiciones sociales, que pueden culminar en la elección del silencio: *No me escribas más*. (1839, 222).

Los subterfugios, el engaño, son tácticas de esa "dialéctica del

obstáculo",¹⁹ que en la monotonía cansina de la frustración introducen los recintos íntimos de las lecturas y las cartas como espacios de la libertad, del sentimiento. A contrapelo de la obligación de vigilarse Carmen Arriagada insiste en darse tal cual es (dice ser), en una afirmación de su subjetividad encarnada en un estilo libre de normativas, propio del romanticismo en el que se siente involucrada y al que considera mucho más que un movimiento literario, sino un modo de entender el mundo. Un ejemplo entre muchos sobre su adhesión al romanticismo, útil para corroborar significaciones y usos de la práctica de la lectura en Carmen: "La pedante soy yo, pues que me entrometo en cosas que no comprendo, porque no sé nada ni de romanticismo ni de clasicismo. Yo me he formado una idea de ambos a mi modo, así como me la he formado de los hombres y del mundo, porque es preciso que Ud. sepa que yo vivo en un mundo ideal y por eso soy partidaria del romanticismo". (1838, 175).²⁰

La confianza se vuelca en la espontaneidad o el desorden de la escritura como prueba de amor, en el marco del código amoroso romántico. *El desborde* es para Carmen pauta de sinceridad, como lo es la fe en la lengua propia, chilena, afincada en lo coloquial, que constituyen los mejores momentos de su escritura. Si se declara *incapaz de disimulo* (1836, 40) y de una

¹⁹ Rougemont, Denis de, *El amor y Occidente*, 3 ed., Numancia-Barcelona, Kairós, 1984, pág. 222.

²⁰ A pesar de sus continuas afirmaciones de incapacidad por falta de conocimientos, expresa sus ideas y sus críticas sin cortapisas.



franqueza que le impide romper lo escrito cuando se arrepiente -en general en momentos de angustia y enfermedades-, en realidad hace de esta incontención una de sus estrategias del reclamo. Ya en la primera carta dice escribir según irrumpen las ideas en su cabeza, se vuelve "charlona" y "paporreta", habla "a rozo y bellozo", disculpándose frente a la elocuencia de Rugendas, para, en el fondo, sostener sin empacho su estilo: "... escribame Vd. largas cartas, dígame todo, todo; lo más insignificante a mí me interesará ... Yo diré con Pope. 'El arte de escribir, don de los Cielos', y agregaré, el arte de escribir largas cartas. Mire Vd., yo no me correspondo con nadie. Está bien dicho? No; pero es mi idioma a mí". (1838, 164).

El tema le preocupa, no sólo procura remediar sus presuntas carencias,²¹ sino que le interesa en cuanto a la comunicación social,

como cuando explicita su didicencia con la reforma de la ortografía implementada en Chile en 1844, que desatiende, según su juicio, el uso compartido del castellano con los distintos países hispanoamericanos y España.

Carmen tenía una situación económica precaria a consecuencia de la inestabilidad económica del marido, sin embargo nunca habla del precio de los libros; el problema era conseguirlos. Algunos pertenecían a los contertulios de las veladas de su casa en Talca, pero la gran mayoría venían de Rugendas, suyos o de sus amigos, prestados o respondiendo a los numerosos y cómicos, para el lector contemporáneo, pedidos de Carmen, que no sólo le encargaba libros sino también cintas, rapé, pomada para callos o sanguijuelas. Rugenda sabe ser pródigo con la caricia simbólica del regalo: dibujos, retratos, sortijas, monitos, etc, son las "yapas" de él para Carmen, quien le borda suspensores, o se intercambian retratos y mechones de pelo. Pero le regala sobre todo "multitud de libros" (1838, 138), muchos importados directamente de Europa. Esta devoción no se quiebra con su residencia en otros países de América, ni cuando ya ha vuelto definitivamente a Europa.

A medida que se van espaciando las cartas crece el desgano ante la lectura. Rugendas era el principal proveedor de libros: Carmen leía, en buena medida, para

comentar lo leído. Leía, también, para escribir. De nuevo, ese complejo lazo entre lectura y escritura, de efectos impredecibles y múltiples, estrecha sus vicisitudes con las de nuestra historia. Las cartas de Carmen Arriagada se interrumpen al promediar el siglo, en un momento de fundación de la literatura chilena moderna.

Por sus preocupaciones sociales y políticas, y por las funciones que atribuye a la lectura, Carmen ejemplifica un tipo de lectora que no suelen alentar las novelas latinoamericanas del siglo *xx* y la prensa, para quienes sería una suerte de "bachillera" o "literata", pero si no parece recibir ese mote deja en cambio traslucir sentimientos de marginación ("¿Quién lo entiende a uno aquí? ... si uno sale del modo de pensar rutinerio la critican ...", 1840, 252). Privada de muchos de los beneficios de la cultura posibles en su medio, precariamente satisfechos en el intercambio con Rugendas, sin ese aliciente, se entrega al aislamiento y al silencio.

Al fundirse con la historia amorosa este testimonio acentúa sus posibles flexiones hacia una historia de la sensibilidad y de las subjetividades femeninas, ligada a prácticas culturales en situaciones concretas enmarcadas por el ejercicio del poder en el ámbito doméstico y social. Sin dudas Carmen es la expresión, entre muchas otras cosas, de los conflictivos esfuerzos de reconfiguración de los roles genéri-

²¹ En 1841(317) expresa: *Por ahora me ocupo de leer un tratado de Ortología y prosodia de la lengua castellana, por Secilia...* El tema de su falta de estilo se reitera una y otra vez.

cos, de la toma de conciencia de modos de dominio que condicionaron sus posibilidades vitales y creativas dentro de una sociedad patriarcal como la hispanoamericana. Prácticamente sólo disponía en ella de sistemas masculinos de representación para autodefinirse, también como lectora, habida cuenta de la difícil presencia de las mujeres de Hispanoamérica en el mercado de lo impreso, con sólo recordar la carta a Juan María Gutiérrez de la escritora Mercedes Marín, con la que Carmen deseaba alternar en Santiago: "Desde muy pequeña me hicieron entender mis padres que cualquiera que fuese la instrucción que yo llegase a adquirir por medio de la lectura, era necesario saber callar. Cuando empecé a reflexionar por mí misma ... juzgué que una mujer literata en estos países era una clase de fenómeno extraño, acaso ridículo..."²²

He relatado sin dudas una historia dolorosa, pero estamos también ante un fragmento de discurso amoroso, un tipo especial de texto, mediatizado de modo peculiar: "Imposible, inadecuado, en seguida alusivo cuando queríamos que fuese muy directo, el lenguaje amoroso es un vuelo de metáforas: es literario", dice Julia Kristeva. Quizá sea cierto. Cierta es sin dudas la frustración de esos tímidos deseos de Arriagada de convertirse en escritora, como revela la vehemencia con que rechaza el apelativo ante el estímulo proveniente de Rugendas: "Yo escritora! Yo, la colaboratrice de un García del Río!"²³ Ciertamente que hay por qué reírse! Quién puede haberme levantado un testimonio tan lisonjero? O lo hacen por burla"²⁴ En el rechazo se perciben tanto sus ansias como el riesgo del ridículo, a pesar de la *excepcionalidad* (pala-

bra insidiosa en cuanto a su cualidad de limitar proyecciones más amplias y generales) que le suelen atribuir sus amigos intelectuales en cartas a Rugendas. Si en otros casos, como los considerados en la compilación organizada por Whitney Chadwick e Isabelle de Courtivron *Los otros importantes*,²⁵ cuyos ensayos intentan disolver prejuicios en el análisis de los lazos entre creatividad y vínculo amoroso, este último impulsó y secundó muchas veces, no sin conflictos, el desarrollo artístico de muchas mujeres, el apoyo dado por Rugendas en nuestro caso debió moverse en límites de una relación trabada por impedimentos culturales y sociales. Con todo, nos legó las cartas de Carmen Arriagada, las cuales posibilitan hoy, y ya es tiempo, sacarla de la esfera de lo "femenino" privado, doméstico, de las *Cartas de una mujer apasionada*,²⁶ y colocarla sin más, en la literatura.

²² *Archivo del doctor Juan María Gutiérrez. Epistolario*, Buenos Aires, Congreso de la Nación, 1981, vol. 2, p. 69-70.

²³ El colombiano Juan García del Río había sido responsable con Andrés Bello, con el cual había llegado en misión oficial a Londres, de la Biblioteca Americana y del Repertorio Americano publicados en 1823 y entre 1826-27 respectivamente. Cuando el gobierno patriota cae en manos españolas en 1817 se radica en Chile, donde dirige en 1842 "El Museo de Ambas Américas" de Valparaíso.

²⁴ Se refiere a la publicación anónima de su único texto y luego a las traducciones que hizo para el diario de Juan García del Río, y por último a la invitación que recibe de los editores de "El Crepúsculo". Evidentemente Rugendas la alienta a escribir (1843, 424).

²⁵ Chadwick, Whitney y de Courtivron, Isabelle, *Los otros importantes*, Madrid, Cátedra, 1993.

²⁶ Hago referencia al título de la excelente compilación de Oscar Pinochet de la Barra, quien reconoce a Carmen Arriagada como escritora.